

EL ZURRIAGO

VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea



AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM 30

Pravia 9 de Agosto de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS A UN OBRERO

LXXIII

Mi querido X: Resumiendo lo dicho en las últimas cartas, resulta que es absurdo y disparatado el concepto de la propiedad que nos dan los liberales. Ellos dicen que consiste en el absoluto dominio de las cosas, de suerte que podamos hacer de ellas lo que nos dé la gana, sin necesidad de atender para nada á los demás hombres. Y no es así, pues que el derecho de propiedad particular se halla limitado por el derecho á vivir que tenemos todos los humanos.

Dios sancionó la propiedad en el Decálogo, prohibiéndonos apoderarnos de lo ajeno; pero puso á los propietarios, á los ricos ciertas limitaciones que estudiaremos, pues ahora sólo se trata de afirmar la existencia de tales limitaciones. Negar éstas es, como ya te dije, poner al hombre en lugar de Dios, convertirlo en dueño absoluto de las cosas, soberanía que únicamente á Dios, creador de ellas, corresponde.

Que Dios pudo establecer esas limitaciones sería ridículo probarlo, pues para que eso fuera preciso sería necesario suponer que vosotros habíais caído en el mayor de los absurdos, en el ateísmo, absurdo en que según muchos filósofos nadie puede caer, por ser demasiado repugnante á la naturaleza humana. Verdad es que algunos desgraciados niegan la existencia de Dios, y ahí está Vigil que no me dejará mentir, pero una cosa es decir que Dios no existe, para darse uno aires de majadero, y otra muy distinta crearlo, hallarse convencido de ello. ¡Cuántos conozco yo que

niegan la existencia de Dios y tienen miedo de noche á los difuntos!

Dios es el dueño absoluto de todas las cosas, que por El fueron creadas. Entregó á los hombres las de la tierra para que de ellas vivieran y reguló la propiedad. ¿Quién es capaz de poner en duda que Dios pudo limitar esa propiedad, de suerte que sin quebrantar sus órdenes soberanas no nos sea lícito disponer á nuestro antojo, como quieren los liberales, de las cosas propias? Y hasta era necesario que pusiese tales limitaciones so pena de permitir que algunos hombres, se murieran de hambre. Que trazó tales limitaciones lo veremos después.

De donde resulta que los socialistas, como ya dije, tienen motivos para levantarse airados contra la propiedad tal como la entienden los liberales, tal como de hecho rige en los códigos modernos.

Ese género de propiedad, como hemos visto, es un robo, y contra el robo es preciso levantarse siempre, y ya ves cómo nosotros, los católicos no negamos que los socialistas tengan razón, cuando creemos que la tienen. El hecho curiosísimo ya mencionado, de un joven cura de aldea diciendo que no era falsa por completo la famosa tesis de Proudhon, *la propiedad es el robo*, es un ejemplo elocuentísimo, pero nada más que un ejemplo, de cómo discurremos los católicos. No negamos las doctrinas del adversario sólo por ser del adversario, sino únicamente cuando las creemos falsas. Si nos parecen racionales, las admitimos con gusto, defiéndalas quien las defienda.

Digo, pues, que los socialistas están hartos de razón al combatir la propiedad entendida tal como la entienden los liberales. Aunque es preciso decirlo todo: antes que los socialistas, la combatieron los católicos, pues en la doctrina tradicional de la Iglesia se halla condenada la teoría liberal, como verás. Así es que los

socialistas, que nada quieren con la Iglesia, están sosteniendo una tesis católica, defendida por los católicos de todos los siglos y predicada por los Apóstoles y por el mismo Jesucristo.

Pero de ahí, ya te lo he indicado, sacan los socialistas una conclusión disparatada, la misma que saca Proudhon también. Para ellos la propiedad no puede entenderse más que como la interpretan los liberales. Y es claro, como esa libertad liberal es un absurdo, deducen que la propiedad es un absurdo, cuando sólo debieran decir que lo es la propiedad liberal.

Figúrate que tú te encuentras con un extranjero que oyó hablar á uno de Jaén, de esos del ronquido, y que te dice: compadre, qué feo es el castellano, y qué contorsiones hay que hacer para hablarlo; esa lengua es un absurdo que debía estar prohibido por razones de higiene gutural.

¿Tú qué le contestarías? Pues sencillamente: Oiga usted, señor extranjero, que eso que usted oyó ni es castellano ni lleva camino. Diga, pues, usted que eso es feo y absurdo, pero no aplique á una lengua hermosa y suavísima las exageraciones de uno de Jaén.

Pues á los socialistas debemos decir algo parecido: Compañeros, que eso que ustedes combaten no es la propiedad, sino un abuso escandaloso del derecho de propiedad. Y la cosa varía.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

FÁBULA TEMPESTUOSA

XX

El inclito orador «El Federal»

Oí una vez que cierto fabulista,
Yo no se dónde, dice
Que un loro, más zoquete
Que el barberillo y... tal, que en Mieres vi-
Juzgábase un gran santo, (ve,
Porque cantaba siempre el *Benedicite*.
Oyó un grillo atroz, que acostumbraba

Cantar, audaz y firme,
Las verdades desnudas,
Sin reparar en pelos ni en calibres,
Y viendo su osadía,
Según el mismo fabulista dice,
Así acusó al buen loro las cuarenta
Además de otras quince:
—¡Oh pobre Mino en ciernes!
Deja esa labia, deja ese palique,
No te precies de santo,
No seas tan caribe;
Y sábetete, salvaje,
Isa, tan sólo en el bramar temible,
Que es tu oración inútil
Parodia vil de la oración sublime,
Porque, aunque siempre dices lo que sa-
Nunca, zoquete, sabes lo que dices. (bes,
Perfecto idolatrado,
Federal invencible,
Tú que te precias de orador horrendo,
Grandilocuente, sin igual, sublime,
Piensa en la inmensa plancha
Que hace muy poco diste,
Piensa en que tu cabeza
Es un melón atroz, de gran calibre,
Piensa que eres un tonto,
Pendantino, insufrible,
Y por Vigilete, Fede, no permitas
Que presunción tan vana te aniquile,
Y vuelve á tus zapatos,
Y deja los BOQUIBLES
Porque aunque dices siempre lo que sabes
Nunca, pobrete, sabes lo que dices.

CICLÓN

PARA TERMINAR CON MANOLÉ

No hay cosa más pesada que aguantar tonterías y contestarlas.

Por esa razón ya me voy cansando de vapulear á Vigil con motivo de la infeliz *Hojarasca* que tuvo la ocurrencia de dedicarme hace tiempo.

Como vieron los lectores, yo procedí, según mi costumbre, con toda sinceridad.

Copiando línea por línea lo dicho por el fracasado leader.

Y poniendo de manifiesto sus mentiras.

Sus errores.

Sus contradicciones.

Sus majaderías.

Sin contentarme, como él, con afirmar y pedir que se me crea por mi cara bonita, he demostrado todas mis afirmaciones.

Cosa que jamás podrá decir el concejalillo.

Quien afirma muchas cosas.
Pero sin probar ninguna.
Así es que mis lectores se hallarán nuevamente convencidos de que Vigil es un desgraciado.

Y un tonto.
Y un majadero.
Y de que es indigno de ser el jefe de tantos obreros honrados.

Y de que éstos debieran darle un puntapié en donde termina la espina dorsal y mandarlo á paseo.
A vivir á costa de un trabajo decente.

Prescindiendo de las terribles zurrribandas que semanalmente dedico al *leaderillo*, creo que la propinada con motivo de la *Hojarrasca* es por sí sola más que suficiente para que cuantos obreros me han leído queden convencidos de lo que es ese pobre hombre.

Que así debe ser llamado quien no tiene sentido común, ni sinceridad, ni otras muchas cosas necesarias en quien desea ser el director de los obreros asturianos.

Así es que para no resultar yo también pesado, doy por terminado el recorrido que he creído conveniente propinar á Vigil en vista de la columna que me dedicó.

Columna que por lo *intransitable* parece una columna mingitoria.

Pero antes de terminar, resumiré lo que aun falta por comentar.

Ya no tiene tanta importancia porque en esta última parte dedícase Vigil á dar consejos saludables á los obreros que le siguen.

Y esos consejos me favorecen en gran manera.

Dice Vigil en primer lugar que los socialistas asturianos deben recibir mis vapuleos con resignación heroica.

Sin contestarme una palabra.
Sin dar un ¡ay! siquiera.

Y yo creo que este consejo de Vigil es sumamente sabio.

Porque ¿me quieren ustedes decir, por lo que sea, qué mil pares de diablos podían contestar los socialistas á mis tremendos zurriagazos?

¡Que no me contesten!
Pero, qué guason quiere ser este Vigil.

¿Como han de contestarme, desgraciado, si los dejo todos los domingos atados codo con codo, sin poder revolverse?

Cuando uno no puede contestar, lo mejor es cerrar el pico.

Vigil está oportunísimo aconsejar á sus borregos que no deben contestarme.

Aunque no.
Lo mejor que pudieran hacer es otra cosa.

Abrir los ojos á la luz.
Y abandonar una agrupación como la dirigida por Vigil.

Porque yo les demuestro que deben salirse de ella.

Y no saben contestar á mis razonamientos.

Pero, en fin, ya que no quieren hacer lo que harían si se dejaran

guiar por la razón, á lo menos que callen.

Que no se metan en camisa de once varas, al querer contestarme, como le sucede á Vigil.

El cual, repito, está muy oportuno recomendando el silencio á sus dirigidos.

El segundo consejo de Vigil es aún más sabio.

Aconseja á los obreros que no me lean.

Claro es que no lo consigue, pero el consejo es de primera.

No leyéndome, no se enteran de las cosas que digo y demuestro respecto de Vigil.

Y respecto del socialismo.
Por esa razón es mejor que no me lean.

Es decir, es mejor... para Vigil.
Quien de ese modo seguirá figurando entre los obreros.

Cosa que no le sucede entre los que me leen.

Porque lo he puesto y lo pongo entre ellos de manifiesto.

Conque ya veis, lectores, lo que á Vigil se le ocurre contra el *papelín* de Pravia.

Decir, *sin demostrarlo*, que yo miento.

Y aconsejar á los lectores que no me contesten y que no me lean.
¡Valiente zote!

CUENTO

OTRA VEZ...

Lo que voy á contar, estoy completamente seguro de que ni lo he leído ni lo he soñado. Sé que es real y verdadero.

Érase que se era un pobre trabajador que á los treinta años se quedó tonto de nacimiento. Según su fe de bautismo, llamábase Manuel Vigil; según su estúpida astucia, llamábase Miguel Lavín.

Conociendo el pobre hombre que su trabajo en el taller no le producía bastante para vivir con holgura y pasar la *vita bona*, abandonando su oficio, afilióse al socialismo; y tronando y relampagueando contra los picarones burgueses llegó por fin al término que anhelaba: á vivir como un burgués.

Para sostener los ánimos de su gente y al mismo tiempo llenar más pronto la bolsa, fundó un periódico; pero un periódico tan estúpido y tan ñoño que ni la estupidez y majadería del buen *magister salud!* de Trubia le aventajan.

Para llenar su *papelín*, á pesar de ser cosa tan fácil, veíase negro. Cortando aquí y recortando allá, iba saliendo del paso, pero ni aún esto bastaba.

Una vez leyó el infeliz un cuento que firmaba un bicho llamado el *Despampanante*. Las co quillas que el engendro le causó fueron terribles. Era el tal como una mosca que á sus orejas zumbaba continuamente, diciéndole en su zumbido: *una vez... ¡no puede ser!*

Manolo no sabía cómo librarse de aquella calamidad. Para encontrar algún medio, fué á enténderselas con el *Federal* y gracias al talento prodigioso del orador eximio, dió en el *quid*; para matar la mosca, imitar su zumbido,

Y de aquí vino su horripilante parodia del *Una vez*. Parodia tan estúpida, desconcertada é ilógica, que basta sólo leerla para comprender los apremiantes apuros del Vigetele.

Y aunque no sea propio del *Otra vez* el análisis, para probar mi aserto, voy á examinar por alto la estupenda composición del infeliz *leader*.

«Don Anacleto Revuelta era un clerical en toda la extensión de la palabra.»

Piensa Vigilillo que si el héroe de su cuento no es clerical, no hay cuento. Aquí precisamente sucede lo contrario; por el clericalismo del señor Revuelta, el cuento es imposible.

Si en lugar de D. Anacleto hubiera puesto Alvaro de Albornoz, que ni es clerical ni es nada, la lógica no protesta ría, ni yo tampoco.

Fíjate, pues, en el *clerical*, Manolo, porque es muy importante para lo que viene después,

«Más enemigo del socialismo y de los socialistas que él, no habrá nadie; pero cádate que por lo mismo no quería que hubiere quien se llamara socialista.»

¡Hombre! pues con bien poco se contentaba el bueno de D. Anacleto. Si dijéramos que el señor ese quería que no hubiese socialistas, pase; pero que no hubiera quien se llamara socialista... ¡Contra, con Vigilillo! ¿Qué importa que no se llaman si lo eran? ¿Confundes acaso el ser y el ser llamado, Manolo? ¡Ah! y eso sin atender á los gritos de la gramática, porque entonces sería esto el cuento de la *buenapipa*, y prescindiendo de «el socialismo y de los socialistas» y del «pero cádate».

«El no conocía el socialismo más que por los periódicos católicos, pero era lo suficiente pedante para creerse un sabio.»

El puente de no sé donde, está mal *encucnadrinado: al encucnadrinador* que etcétera. No analizo tal párrafo, porque no lo necesita: él está diciendo á voces: ¡majadero! *El no conocía el socialismo más que... pero... para creerse un sabio*. ¡Delicioso.

«No sé como se arregló, pero el caso fué que llegó á realizar su deseo.»

No, Manolo, no; perdona, pero yo no he escrito así. Ya que te propones chuparme el original, á falta de cuotas, chupa de firme, hombre, chupa de firme, hasta que me acabes con él.

«¡El mundo sin socialistas!»
¡Ay! ¡gracias á Dios! pero no; no me acordaba que estábamos hablando en hipótesis.

Quedábamos, pues, en que D. Anacleto logró dejar el mundo sin socialistas y á Vigil, consecuentemente, sin cebada. Ahora bien; para gozar viendo sufrir á sus trabajadores, el señor de Revuelta fué á visitar sus talleres.

Prescindo de unas cuantas cosas que el buen Lavín refiere en su *cuento*, porque temo no acabar nunca. En síntesis: don Anacleto encontró á la puerta de su fábrica una *Comisión* de obreros, con quienes se puso á disputar. Entre las cosas que un proletario le objeta, hay la siguiente:

«V., á pesar de su cencia en el Dios justiciero, nos escatima el salario todo lo que puede, procurando sacar el mayor jugo posible de nuestro trabajo.»

Por esto decía yo á Manolillo que resultaba imposible el cuento. Si D. Anacleto creía en el Dios justiciero, practicaría también su doctrina, porque si no, ni se concibe su fe ni su clericalismo. Ahora bien; la doctrina de ese Dios justiciero manda dar á cada uno lo que es suyo y no dañar á nadie, porque en eso precisamente consiste la justicia; por lo tanto, ó el señor de Revuelta no creía, ó si creía, su fe era muerta; y ni el obrero podía echársela en cara, ni Vigil llamarle clerical, ó dabá á cada uno lo merecido, y por lo tanto no *procuraba sacar el mayor jugo posible* del trabajo del infeliz proletario, y por consiguiente desaparece la base del *cuento* con que Vigil parodia el *Una vez*, á no ser que al *leader* le pareciera contra justicia el sacar el mayor beneficio posible de una industria sin dañar, y sin explotar á nadie.

Esto se hace interminable. Pasando por lo mismo, otros párrafos insustanciales (y para demostrarle lo absurdo de ellos por extenso, suplico á Manolete recija el guante del famoso *desafío*) citaré este otro párrafo del obrero que habla con el burgués:

«Cuando tengamos conciencia (¡*Ave María Purísima, que atrocidades dice este hombre!* ¡*Pues no trata bien que digamos á sus súbditos, caramba!*)—Cuando tengamos conciencia (*merece esta línea los honores de la repetición*), cuando los socialistas tengamos fuerzas...»

¡Alto ahí *leaderuco!* La hipótesis en que tu parodia se funda es la siguiente: «¡El mundo sin socialistas!» ¡A qué diantre viene entonces lo de «cuando los socialistas tengamos fuerzas!» Dónde saltan ahora esos socialistas? No ves que vas de cabeza á una contradicción? No ves que estás coceando contra base la del cuento? Además: en el *Una vez*... que te dediqué, se demostraba que lo que vosotros pretendáis al predicar el reparto era un absurdo; tú, que tan fanfarrón y atrevido te metiste en camisa de once varas, para hacer algo, á lo menos debieras demostrar que la vida sin socialistas era imposible. La vida con la igualdad es una utopía y un absurdo, dije yo y dijo mi cuento; la vida con igualdad es posible absolutamente, debieras decir tú con tu parodia, y ya que no esto, la vida sin socialistas es imposible también. Y si no lo haces, si no lo pruebas, ¿á que vino tu estúpido *Una vez?* A nada. A matar la *mosca* que te zumba y que en vista de tu impotencia te seguirá zumbando con más fuerza cada día.

Las consecuencias que para final saca Manolillo, no *salen*, ni por Antequera. Son tres, y ni una es legítima. Únicamente, no como consecuencia, sino como afirmación y confesión, pudiera pasar el último párrafo que Vigil, aunque en boca de D. Anacleto, sella con su firma y enuncia así:

«¡Saben ya demasiado los obreros para que aún podamos seguir engañándoles!»—*Miguel Lavín.*

Otro tanto digo yo. Lo que le pasa al *leader* asturiano es una prueba de ello. Las cuotas lo pueden atestiguar.

Pero.... ¡ah! Con la dichosa parodia y picaron análisis se me escapó el santo al cielo y el cuento *Otra vez* quedó á la mitad del camino. No importa: *Otra vez* será.

El Despampanante

INFIESTO

Recuerdos del mitin verificado por los republicanos de esta villa en 12 de Julio de 1903

El domingo anunciado llegó á Infiesto el Sr. Albornoz. En la estación era esperado por numerosísima concurrencia: había en los andenes porque otros se llamaron andana, seis personas (media docena próximamente).

Según me manifestaron, el Presidente del partido (y tan partido) republicano de Piloña, no asistió por hallarse *enfermo*: según parte facultativo padecía de *señardá* con principios de *republicitis gástrica*.

El tesorero tampoco asistió.
Esta noticia me causó un asombro del que aun no he salido ni saldré en mucho tiempo. Pero ¿cómo es, me dije, que el partido ese necesita ya de un tesorero para

guardar 1,75 pesetas que hay recaudadas?

¡Vamcs, que no habrá tenido que poner pequeña fianza el amigo!

Siempre resultará una caja con tanto dinero como la de los Humbert.

Pero no divaguemos, como dicen los novelistas cursis.

Aun cuando el mitin estaba anunciado para las dos de la tarde, dió principio á las tres menos cuarto.

Ya saben mis lectores que el local destinado al efecto era el de la fábrica desidra, que en tiempos mejores ocuparon los señores Arias, Nachón y compañía.

Ejerce de presidente Xuan de la Maruja, que no está enfermo como el otro, aunque sí algo «afonicado», como dice él; á su lado el vicepresidente Chiripas, Pepe Iglesias que es un cero.... á la derecha.... de otro cero que es su hermano Modesto. El Secretario, ó sea el renombrado Chichón, no asistió por una desgracia de familia. El Tesorero también brilló por su ausencia.

Esto se comprende. ¿Green ustedes que un tesorero tan activo *con-sin-ir-ia*, como dice Otero, en dejar la caja del partido abandonada para asistir al mitin?

¡Ca, hombre! ¡las narices dejaría!

No faltaron sin embargo, algunos vocales. Prueba de que aun se conservan restos de la fábrica de sidra á juzgar, por los *bocales* que había.

Concurrencia: Lo más escogido de la sociedad. En primer término Painaces, la hermana y sobrina de Chiripa, la mujer de Celestón el Canteru, Aurora Albar, Daniel N., el Ferré de Viedes, el Pesetu, el de la Reforma, el cabo de guardia Blanco, catorce chiquillos, que lo mismo podían haber estado jugando al mosgardón, siempre que no fuera con el Sr. Otero, y... pare usted de contar.

En los labios de Xuan dibújase una sonrisa,

El pueblo impaciente; la tarde serena.

Va á dirigirles la palabra el nuevo presidente.

Se levanta al fin. Dirige una mirada en su derredor, toma un poco de agua, *espurre la gaita*, hace ¡ejem! y con palabras entrecortadas por la emoción dice, creyendo poner una pica en Flandes:

«Señores: tengo el honor—de presentar á Albornoz,—joven aprovechado,—y que está llamado—á ser mañana—gloria de España.»

¿Qué les parece á mis lectores de las primeras *frasecillas* que les endilga este Xuan de mis pecados, digo de los de él?

¿Que mis lectores no conocen á este Xuan? Sí, hombre, sí ¿no van á conocerlo? ¡Si á este individuo lo conoce todo el mundo! Es aquel que mandó coastruir un cementerio civil expresamente para él. Es el mismo que hoy dice á sus correligionarios que Albornoz está llama-

mado á ser gloria de España.

Pues descuide usted, que como esté llamado ya contestará.

No faltaba más.

«Igualmente—añade Xuan—os presento al Sr. Otero, director del periódico... del periódico...» (Hay unos momentos de silencio, hasta que unode los concurrentes le dice por lo bajo: «*El Progreso*») «¡Ejem! Director del periódico *El Progreso* que fué el único periódico que trabajó con entusiasmo en defensa de los electores de Inflesto.»

¡Caramba, caramba, qué trabajo le costó á usted decir cómo se llamaba el periódico!

Gracias al traspunte que si no, se ve usted en un apuro del que no sale ni con tres ¡ejem! Después habla de su honradez, de la que nadie puede dudar segun él, en 72 años que tiene....

Y yo digo que en 72 años cualquier republicano se encuentra á esa edad con una abuela compasiva que lo pondere!

Estos republicanos son el demonio.

Para terminar, dice: «Que no asistió mayor número de republicanos porque estaban á la yerba.»

Y yo, aun cuando *no tengo yerba*, voy á terminar también hasta el próximo número que hablaré de Pepe Iglesias, Chiripa, Otero y Albornoz,

Conque recuerdos á las respectivas familias y hasta el domingo.

PERECITO

El gallo de morón

Ó VIGIL

sin cuotas y cacareando.

—¿La hostelería del laurel?

—En ella estáis, caballero,

—¿Está en casa el hostelero?

—Estáis hablando con él.

—¿D. Manuel Vigil?

—A sus órdenes, amigo.

—Soy el nuevo cartero. Y aquí tiene usted cinco cartitas.

—Gracias. Está bien. Mas usted dispense que no pueda pagarle hoy.

Aun no cobré las últimas cuotas...

—No importa. Volveré otro día.

Adiós.

—Salud, cemañero.

El jefesocialista abre las susodichos cartas, del todo alborozado, esperando aviso de algún estimulante *metáico* que haga remozar su lánguida existencia *leaderesca*. Pero ¡oh desengaño cruel! El contenido no puede ser más desconolador.

Figúrense mis lectores... pero que nos lo cuente el leader mismo:

¡Voto á bríos! Otra te pego y van ciento. Cinco suscriptores que se dan de baja, dejando, *La Aurora*; tres porque no combatimos á los curas, y los dos restantes porque los atacamos demasiado.

Atenme ustedes esas moscas por... el apéndice.

Tilín, tilín.

—Adelante.

—Somos los directores de las agrupaciones J., X. y Z.

—¡Ah! Sí. ¡Bienvenidos! Ya lo supongo, vendrán á liquidar ese *piquillo* de las cuotas atrasadas.

—¿Las cuotas? Hum...

Bueno está el horno de los obreros para bollos ó cuotas, que es lo mismo. ¡Usted sabe lo que piden esas hasta ahora sencillas gentes! ¡Por vida de S. Ganaleón! Piden, con razones fortísimas, que se les esponga lisa y llanamente la razón, el por qué de las *maguantables* cuotas.

—Ya les he dicho en el periódico y en diferentes mitins el destino tres veces santo de semejantes fondos.

Con ellos mejorarán los infelices obreros su misérrima situación de hoy.

Con ellos tienen garantido su porvenir y el de sus descendientes hasta la cuarta generación. Ellos en fin contribuirán, no cabe dudar, á la caída del régimen capitalista, origen de todos los males que afligen á la humanidad.

—Estamos conformes, y eso mismo les predicamos nosotros. Pero de nada sirve. Responden unánimes que toda esa retórica, reducida á su justo precio, viene á ser la carabina de Ambrosio, y usted dispense lo vulgar y duro de la comparación. Que es una dedadita de miel con que se sale siempre al encuentro de sus razonadas quejas. Que tales promesas son cebo, palabras hábiles con que se les engaña para usufructuarlos.

En fin, que no hay por dónde cogerlos que no quemem, ó al menos chamusquen.

—Nada, nada. Insistan ustedes y no dejen de recomendarles aquella profunda máxima marxista (ó *pancista*, no recuerdo bien): Chillar poco y unirse bien, es lo mejor.

Adiós compañeros.

Ya lo creo, queda diciendo para sus adentros el pobre Vigil, ya lo creo que la cultura de los obreros aumentó un ciento por ciento.

Y ¡cómo discuten los *indinos*! Pero ¿de dónde habrán podido rezumar ese *quid pro quo* del paradero final de las cuotas?

¡Maldita la suerte mía! Estoy perdido.....

Y... triste, mohino y desesperado comenzó á dar vueltas por su aposento, parodiando entre profundos suspiros los tan conocidos versos:

Hojas del árbol caídas
Juguete del viento son.
Las dulces cuotas perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol-agrupación.

CHAMPAGNE, marca ASTURIAS

Compite con el Champagne

Vigil, Blanco, y R, Monte.—VILLAVICIOSA

Hoy tengo que dar de mano á los antiguos moldes literarios de mis vapuleos, y por lo tanto escribo éste dejando á un lado las castañuelas con que solía amenizar mis zurribandas vapuleadoras.

Hoy este vapuleo es un vapuleo triste porque el asunto que le motiva es triste, amargamente triste.

Tropecé en mi camino con un cadáver y aunque se trata del cadáver de un enemigo (hasta cierto punto), no tengo más remedio, pues así me lo mandan mis cristianos sentimientos, que descubrirme... y orar.

Paláu ha muerto.

Paláu, aquel hombre de quien en otras ocasiones me ocupé en estas columnas para sacar á la vergüenza pública sus lamentables extravíos, ya no existe.

¡Pobre Palau, pobre D. Francisco!

Yo fui quien, tal vez traspasando los límites de la caridad, le combatí y le presenté como en espectáculo para que las personas serias y sensatas viesan sus inconsecuencias y, lo que es más grave, sus apostasías.

Hoy soy también quien ante el cadáver de Paláu me descubro respetuosamente y con verdadero afecto encomiando á Dios su alma.

No guardo rencor ninguno á Paláu, y mis oraciones son sinceras.

Pero Paláu ¿murió dentro de la tetera del seno amoroso de la Iglesia?

Casi no sé qué responder á esta pregunta.

Paláu murió sin confesarse, ni recibir los sacramentos de la Iglesia Cstolica, sin reconciliarse *exteriormente* con Dios.

Pero Paláu ¿quiso confesarse, quiso extrechar contra su pecho la imagen adorable de Jesucristo, ó hizo cínico alarde de morir profesando las ideas socialistas?

Algo corre por esta villa, algo se dice que con los últimos momentos de Paláu se relaciona, y eso que corre de boca en boca y eso que se dice de corrillo en corrillo y de puerta en puerta es algo que espanta, es algo que hiela la sangre, es algo que horroriza.

Se dice que el infeliz Palau, días antes de morir, ó en sueños, delirando, ó con los sentidos cabales y serenos, pidió repetidas veces un confesor, demostró que deseaba reconciliarse con Jesús, quiso volver á la fe que en mal hora había abandonado.

«¡Pobre Francisco, dicen que repetía el infeliz Paláu, pobre Francisco, en qué redes te has metido!... Ya tocan á muerto, pero Paláu, muere católico, Paláu muere como buen cristiano...»

Así se expresaba el pobre Paláu, como él mismo se llamaba, así se expresaba, y sin embargo en momentos tan solemnes, en aquellos momentos en que el infeliz Paláu veía ante sus ojos abiertas las puertas de la eternidad y deseaba reconciliarse con el Juez de vivos y muertos, en aquellos momentos no tuvo (¡qué tristeza tan grandel) no tuvo quien le brindara con la tranquilidad de conciencia llevándole á la cabeza de su cama el confesor que con tantas ansias pedía y que con indecible alegría hubiera recibido.

¿Y es posible que esto haya sucedido? ¿No tenía Paláu ninguna persona que le quisiera, más aún, que le amase?

Sí, Palau tenía esposa, y esta esposa debía de amar mucho á su marido; pero el problema de la vida pudo más que el amor de esposa.

La esposa de Paláu siempre que el sacerdote se presentó en casa del enfermo, siempre contestó que su marido «estaba durmiendo.»

Trubia

Y la esposa de Paláu dijo que no enterraba á su marido católicamente porque si así lo hacía no tendría después qué comer.

Pequeñas y despreciables en verdad me parecen las razones que la esposa de Paláu dió, tanto para no dejar á su marido confesarse como para no enterrarle católicamente.

Y la esposa de Paláu, si es que no tiene ya muerta el alma á todo sentimiento noble, y su corazón no está convertido en hielo, algún día ha de sentir horribles remordimientos. Algún día ha de recordar las oraciones con que en otro tiempo poco lejano aun, pedía á Dios consuelo en sus infortunios y juntamente con su marido cumplía sus deberes religiosos y gozaba de la tranquilidad de la conciencia. ¡Cuántas veces ha de recordar y ha de maldecir la desatentada conducta que con su Francisco observó en los momentos más solemnes de la vida negándole el dulce consuelo de volver al seno de la Iglesia católica, del que en hora desdichada se había reparado!

«No entierro á mi esposo católicamente porque si así lo hago no tendré qué comer.»

De este modo respondió á cierta persona la viuda de Paláu.

¡Qué palabras tan elocuentes y tan horriblemente vergonzosas para los enterradores socialistas!

¡Qué triunfos tan pobres alcanzan esos hombres!

Por miedo al hambre, una mujer ahogando tal vez los gritos de su conciencia, entrega á cuatro degenerados extraños á la familia del muerto, el cadáver de su esposo para que con él hagan cinica ostentación de sus ideas socialistas y antirreligiosas.

Por miedo al hambre esa mujer consiente, haciendo traición á la historia religiosa de su misma familia, en que el cadáver de su marido sirva de piedra de escándalo á las personas decentes, y de infernal regocijo á una cuadrilla de hombres sin conciencia y sin dignidad.

¡Qué responsabilidad tan tremenda echa sobre sus hombros esa infortunada mujer!

Y los enterradores civiles ¿qué dicen esos comisionistas de cadáveres, de la última voluntad de Paláu?

Vosotros, que siempre con la mentira en los labios, estáis echando en cara á todo el mundo la última voluntad de vuestros afiliados, arrepentidos, como Paláu, á la hora de la muerte de sus errores, vosotros que siempre estáis con la misma cantilena ¿qué decís de la última voluntad de Paláu?

Bien claro d. mostró el infeliz sus últimos deseos, bien terminantemente dispuso su última voluntad.

Si, Paláu quiso morir como católico, todos vosotros lo sabéis, y sin embargo ninguno de vosotros tuvo la honrada idea de aconsejar á la viuda de Paláu que obrase con libertad y con arreglo á su conciencia.

Seguramente que una palabra sincera, solamente una palabra, dicha á la viuda en este sentido hubiera bastado para deshacer los propósitos de los enterradores civiles.

Pero no son estos personajes de los que rinden culto a la desgracia, de los que sufren ante el dolor ajeno, nó; éstos sólo quieren dar rienda suelta á sus sentimientos sectarios y hacer ostentación de su odio á la Iglesia de Cristo.

Y en verdad que una y otra cosa hicieron en grande en el entierro del pobre Paláu, del infeliz D. Francisco.

¡Que Dios le haya recibido en su santo seno!

El Domine Giraldo

¡Vaya un revoltijo el que traen entre manos socialistas y republicanos!

Se ponen *feroches* los jefes del socialismo y parece que predicán la guerra santa contra los de la republica.

Pero, á lo mejor, se encuentra usted con que unos y otros, *republicos* y *sociales*, están á partir un piñon, y fraternizan lo que no es decible.

Por eso dicen que no hay ya de quien fiarse en el mundo.

A lo mejor ¡se lleva uno cada chasco!

¡Como me lo llevé yo, cuando hace días oí decir que en Trubia proyectaban los republicanos celebrar un mitin en la escuela laica!

¡Imposible!, decía yo.

La escuela laica es obra de los socialistas, y éstos están á matar con los republicanos.

No hay que pensar en que en ese local pueda celebrarse semejante mitin...

Y sin embargo, era indudable.

Contra todos los anatemas de *La Aurora Social* y á despecho ó con la anuencia de su Director que en esto no están conformes los autores) el 29 del pasado mes se celebró en la escuela laica de Trubia el anunciado mitin republicano.

Al cual asistieron una veintena de republicanos ¡de pico, pues de convicciones no los hay aquí. Curiosos hubo muchos. Por cierto que se rieron la mar de las simplezas que soltaban los oradores.

El presidente, D. Juan Fernández, que es un mozo como un pino, alto y espigado, hizo uso de la palabra, para indicar el objeto de la reunión, que no era otro más que «el conmemorar la fecha de la expulsión de los jesuitas de España.» Y para decir esto, y nombrar los oradores que habian de seguirle en el uso de la palabra, le flaquearon las piernas, vaciló la silla en que estaba sentado y tuvo que echarse sobre las cuatro patas de la mesa en que apoyaba firmemente los codos para sostener asila cabeza que, al parecer, se le iba...

¡Pobre Fernández! ¿quién le meterá á él en tales libros de cabbellería?

Siguió al Presidente el *Polo*, no el ladrón famoso de Luña, sino el *Polo* de Trubia, que también es famoso como orador callejero.

Sólo dijo de notable dos cosas: 1.^a que hacía suyas las palabras del Presidente, lo cual ya es decir algo, aunque el Presidente nada habia dicho, como ustedes acaban de ver; y 2.^a que todos debíamos tener energía *en contra de la religión*.

Y ¿saben ustedes para qué? Pues también lo dijo orador.

Para no morir mártires como el del *Gólgota*. Por cierto que aloir semejante disparate *prosódico*, uno de los asistentes no pudo conte-

nerse y le enmendó la plana diciendo: *del Gólgota*, hombre, del *Gólgota*.

Y estuvo bien, porque con eso el charlatán quedó un tántico abroncado.

Vino ¡después el indispensable Morecillo ó Morcillin, digno *fiu deso pá* el Maestro laico, y habló... pues habló de lo que les convenia á él y á su papá. Al parecer anda mal la escuela; los niños escasean, y aprovechó la ocasión para hacer un reclamo, diciendo que allí se admitía toda casta de grajos y se enseñaba á los pequeñuelos á renegar de Dios. ¿Quiéren ustedes más?

Y sin embargo aquello se desmorona, y el maestro ya no saca ni para *morciella*.

Hay que desengañarse: en Asturias no se dan todavía los narcisos antireligiosos.

Para terminar la fiesta habló un Sr. Martínez de Oviedo, haciendo el resumen de todo lo despotricado en el mitin.

Por cierto que dando pruebas de buen sentido, por lo fino llamó mentecatos á los oradores que le habian precedido, y les dijo que carecian de experiencia, y de otras cosas que pudieron adivinar los que *leen entre líneas* ó entienden de segundas intenciones.

Por lo demás el Sr. Martínez, que me dispense; pero si realmente comprende todo lo zoquetes que son en Trubia y otras partes los que alardean de muy republicanos y muy socialistas, no debe conformarse con enmendarles la plana y desautorizar sus extravíos. Debe renegar de esa clase de reuniones y hasta, si es preciso, de la republica que tales republicanos tienen.

Y basta por hoy: otro día quizá ponga en solfa á Morecillo y Morcillin, dedicándoles una oda que los despampane.

Bien merecida la tienen, el uno como maestro, y el otro como auxiliar de su papá en la laica escuela.

ODA DESPAMPANANTE

(CUARTA SERIE)

II

Al ilustre socialista de Candamo Manuel Rayón Cuervo

Para y oyeme ¡oh Soll! yo te saludo,
Y extático ante ti me atrevo á hablarte;
Oye mi ronco acento,
Y escucha el himno que te elevo rudo;
Admirable portento,
Como no hay otro aquí ni en otra pate,
Gloria y honor del orbe *candamino*,
Inventor asombroso,
Hombre de ingenio sin igual, divino,
Hortelano coloso,
Baja de donde estás, si lo merece
Quien te pide esa gracia,
Y perdonando el colmo de la audacia,
Oye mi humilde prece.

Mucho hace que te admiro:
Cerca van ya de cuatrocientos años
Que por cantar tu gloria yo suspiro;

Desde que en tu mollera,
Sin conocer *agricolas extraños*,
Cupo una *feridera*,
Con una jaula de cazar ratones,
Oigo, mal que me pese,
En mis meditaciones,
Algo que aquí me grita: ¡á ésel! ¡á ésel!
Y por si no basta á despertarme
La voz de la conciencia,
Cuando á paseo voy, oigo un protervo
¡Cuál! ¡cuál! ¡cuál! ¡cuál! ¡cuál! ¡cuál! para avi-
Que tú te llamas Cuervo: (sarme)
¡Y ahora dirás no existe Providencia!
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando
Diera el honor profundo
Que se merece, al hombre portentoso
Que, sin que sepa nadie cómo y cuándo,
En Aces vino al mundo.

Quando á tu voz de trueno
Los partidarios (¡ay!) del socialismo
Quedan absortos con la boca abierta,
Quando de gracia y arrogancia lleno
Explicases tú mismo
Cómo se siembran nabos en la huerta,
A fe que estás sublime,
Tanto, que oyendo atónito un borrico
La imitación que hacías expresiva
De su armonioso acento,
Cayó *patas arriba*,
Y si lector dijeres ser comento,
Con *Trosas* que le vió lo testifico.
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano
Por escuchar tu voz únicamente,
Por ver tu *feridera*,
Por estrechar tu mano,
Yo sé de un rey que vino,
Y aunque Vigilia diz que rey no era,
Que era tan sólo un Roque
Más infeliz y estúpido que Mino,
Como yo sé la envidia que te tiene
El *leader* bodoque
Porque tu gran talento,
Sin acudir al dolo y la perfidia
Oscureciendo su prestigio viene,
No creó en su cinismo,
Y perdono su saña:
Además, en España,
Por rey y Roque entiéndese lo mismo.
¡Oh sol! ¡oh sol! ¡oh sol! ¡oh sol!
Gloria y blasón del pueblo de Candamo!
¡Oh sol! á quien yo llamo
Peludo... y fulgurante,
Tú eres... ¡ay! perdona;
No puedo proseguir: ¡quedé sin lira!
Tú me la has derretido
Oh sol, con tus fulgores.

Y como yo ni tengo una perrona,
Y mi bolsillo sin cesar suspira
Porque, cual dices tú, se halla *vacido*,
¡Oh padre y rey de sabios y oradores!
Si es que otra vez te gusta que te cante
Pues que por ti perdióse el instrumento
Que mi fortuna era,
Para suplir sus veces, arrogante
Mándame acá ¡oh portento!
Mándame acá por Dios, tu *feridera*.

NOTA

Por exceso de original no va en este número la conclusión de la *Oración fúnebre por el Papa*. Irá en el próximo, Dios mediante.

En el exordio de la misma, publicado en el número anterior, se deslizó una errata importante. En donde dice: «Y trescientos *millares* de católicos...» debe leerse *trescientos millones*.